

## IDA Y VUELTA AL MORRÓN CHICO.

Hoy, al levantarme, pintaba gris la mañana, no en vano mi madre me advirtió de lo que podría ocurrir más tarde. Sin escuchar los sabios consejos de mi madre, acudía a la cita que tenía pendiente con unos amigos míos incondicionales de la montaña. Como viene siendo costumbre desde que tengo conocimiento, algunos llegaron tarde y otros ni llegaron, por dejadez y desgana. Debido a la falta de personal y a las malas condiciones climáticas, hubo desacuerdo en el menester que nos ocuparía este día, hasta que conseguimos aunar criterios y nos decidimos a subir a la cumbre del Morrón Chico. Cuatro personas partieron aquella mañana sin saber lo que ocurriría más tarde.

Como de costumbre almorzamos en Bar-Restaurante La Perdiz, desde allí tomamos camino hacia los Pozos de la Nieve, donde comenzaría la aventura que hoy nos ocupa. Con la mochila llena de víveres y abrigados hasta el cuello comenzamos la caminata. Vimos varios pozos antes de encontrar la senda que nos llevaría a la cima del Morrón Chico, en la cual, curiosamente, se hallaban unos motivos navideños en forma de pequeño belén en unas condiciones más que indeseables. Desde allí, descendimos al refugio del Valle de Leyva, lugar donde comeríamos y más tarde daría comienzo una nueva aventura de las ya conocidas e innumerables realizadas por este peculiar grupo de jóvenes. Hasta allí el trayecto o más bien las emociones eran insulsas, caminábamos por senderos sin dificultad y faltos de peligrosidad, parecía que iba a ser un día más, no iba a ser un día para el recuerdo. Pero cuan cierto es que el futuro es incierto.

Durante nuestra comida en el refugio, el tiempo se cerraba sobre nuestras cabezas y amenazaba lluvia. Tras la necesaria comida para reponer fuerzas, ni cortos ni perezosos empezamos el viaje de retorno, momento en el cual el cielo aprovechó para mostrarnos la fuerza de los elementos. José Javier y yo conseguimos burlar durante un tiempo las inclemencias del tiempo con unos chubasqueros, pero José Manuel y Petri, desprovistos de tales recursos sintieron el peso de la naturaleza sobre sus hombros. Ahora, con la furia del cielo en forma de una fuerte lluvia y grandiosos rayos y truenos, buscábamos un techo donde encontrar un poco de paz. Debido a la incesante lluvia, la senda parecía un pequeño riachuelo y el agua comenzaba a calar en nuestros cuerpos. Cada vez la tormenta era más intensa, andábamos despavoridos luchando además contra el viento que hacía estrellar con más fuerza el agua sobre nuestros cuerpos cansados. Finalmente llegamos a una casa que dejaba mucho que desear, sin saber que elegir, un techo resquebrajado y poco firme que podría caer sobre nosotros en cualquier momento o seguir caminando bajo las inclemencias del tiempo. Allí se hallaba una interesante familia de domingueros, que al igual que nosotros, buscaban la protección de un techo que les aislara del fuerte temporal. Para pasar el tiempo y evitar que nuestra moral bajase, contábamos anécdotas y casos curiosos como “la acampada de las zorras” en la Hoya del Apurchil, pero esa es otra historia. Entre llantos y sonrisas pasó más de media hora, tiempo más que suficiente para que se enfriaran nuestros cuerpos y las ropas mojadas hicieran mella en nuestro organismo, nuestras extremidades empezaban a

enfriarse más de lo normal y a cambiar su color habitual por uno morado. Debido a esto nuestra intención era salir de allí como fuera y llegar al coche, pero un sentimiento de compañerismo nos retenía en aquella casa en ruinas, queríamos salir, pero acompañados de la familia aterrorizada por las circunstancias. Varios intentos fueron los que hicimos antes de salir, debido a la necedad y a la ceguera del cabeza de aquella buena familia que no cedía a las suplicas de su mujer e hijos de marchar. Debido al estado de enfriamiento al que habíamos llegado tomamos una decisión de titanes y empujados por una fuerza hercúlea salimos corriendo como caballos desbocados hacia el Peugeot 306 “el devorador de kilómetros”. Muy a pesar nuestro tuvimos que dejar a mujeres y niños a merced de la voluntad de un hombre que sólo obedecía a su real gana. Una vez en el vehículo citado y calados hasta los huesos, cambiamos nuestras ropas mojadas por otras más confortantes. A nuestro regreso pudimos ver a aquella familia sana y salva, una vez cesado aquel infierno de agua, viento y el espectáculo de luz y sonido de los truenos.

Ahora, en la soledad de mi habitación, con mi cuerpo y mi mente recuperados, y alejado de aquella experiencia, cuando escribo recordándola pienso en ella como en una experiencia gratificante y novedosa que no me hubiera perdido por nada y que estoy dispuesto a repetir lo más pronto posible. No sé si mis compañeros pensarán lo mismo, pero de lo que no hay duda es de que volveremos a la montaña en busca de aventura, no hoy ni mañana, pero volveremos.

5 de octubre de 1997

Jose Antonio Rodríguez Sánchez

Desde aquel día intento usar el paraguas lo menos posible y sentir el agua sobre mi cabeza.